

NOCHE EN LLAMAS

MATTHEW HARFFY

NOCHE EN LLAMAS

TIEMPO DE ESPADAS II

Traducción de Mariana Planas



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *A Night of Flames*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2025

© Matthew Harffy, 2022

This translation for *A Night of Flames* is published
by Editora y Distribuidora Hispanoamericana S. A (Edhasa)
by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción: Mariana Planas, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

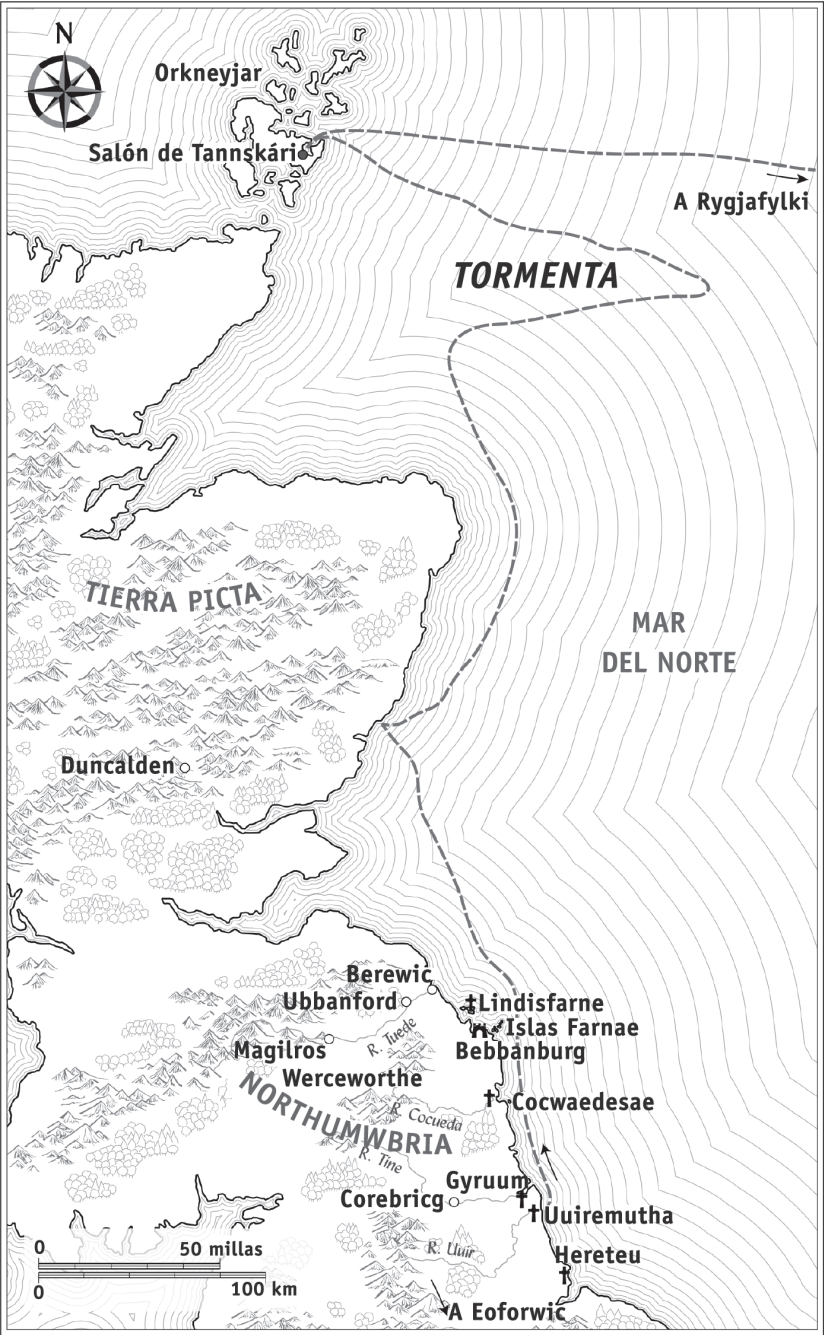
ISBN: 978-84-350-6422-4

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 15173-2025

Impreso en España

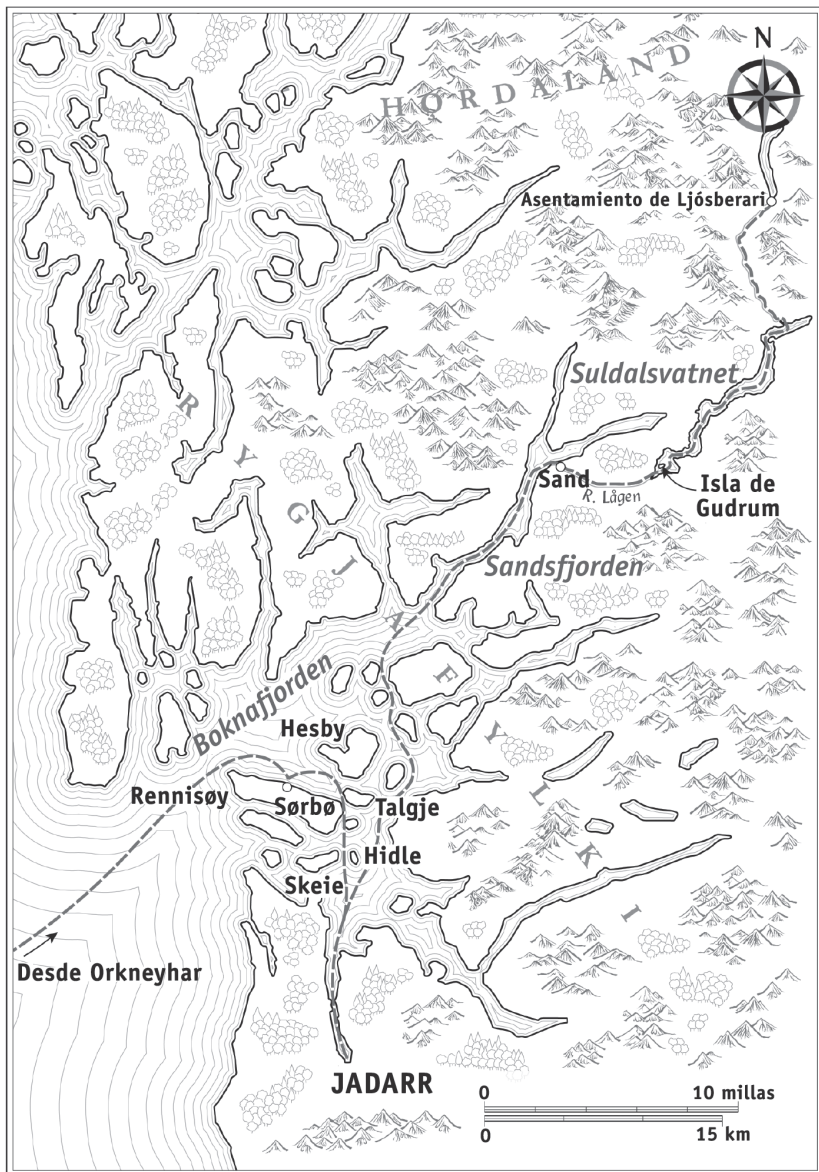
Noche en llamas es para
Derek y Jacqui.
¿Más hidromiel?



VIAJE DE HUNLAF

LEYENDA

- Asentamientos
- † Sitios sagrados
- 🏰 Fortalezas
- Camino de Hunlaf



«Vio Dios que la luz era buena, y Dios separó
la luz de las tinieblas»,

Génesis 1:4

«Procura que la luz que hay en ti no se oscu-
rezca»,

Lucas 11:35

TOPÓNIMOS

Los nombres de lugares de la Britania medieval, Gran Bretaña en la actualidad, varían según la época, la lengua, el dialecto y el escriba. No he seguido una convención estricta a la hora de elegir la grafía de un lugar determinado. En la mayoría de los casos, he elegido el nombre que considero más parecido al que se usaba a finales del siglo VIII, pero, al igual que los escribas de hace tantos siglos, en ocasiones me he tomado licencias artísticas y, cuando no estaba seguro, me he limitado a seleccionar el que más me gustaba.

Algunos de los nombres de lugares también aparecen en mis novelas de la serie *Las crónicas de Bernicia* con grafías diferentes. Esto es intencionado para señalar que esta obra no forma parte de dicha serie, así como también para indicar el paso del tiempo y los cambios lingüísticos que se producen a lo largo de los siglos.

Alabur	Aalborg, Dinamarca
al-Ándalus	Zona gobernada por musulmanes de la Península Ibérica
Al-Askar	Capital de Egipto del 750 al 868
ar-Raqqah	Raqqah, Siria
Bebbanburg	Bamburgh
Berewic	Berwick-upon-Tweed
Boknafjorden	Fiordo de Bokna, Noruega
Byzantion	Bizancio (Estambul en la actualidad)
Cocueda	Río Coquet

Cocwaedesae	Isla Coquet
Cordova	Córdoba, España
Corebricg	Corbridge
Danapr	Río Dniéper
Duiblinn	Dublín
Duncalden	Dunkeld, Escocia
Eoforwic	York
Fossa	Río Foss
Farnae Isles	Islas Farne
Gwynedd	Reino de la Alta Edad Media, actualmente un condado, ubicado en el noroeste de la actual Gales
Gyruum	Jarrow
Hereteu	Abadía de Hartlepool
Hibernia	Isla de Hibernia (Irlanda en la actualidad)
Hidle	Sør-Hidle, isla en Noruega
Hȝrðaland	Hordaland, Noruega
Ifriqiya	Zona que comprende lo que hoy es Túnez, el occidente de Libia y el oriente de Argelia
Iṣbīliya	Sevilla, España
Jabal Tāriq	Gibraltar
Jaðarr	Distrito tradicional en Rogaland, Noruega
Hesby	Hesby, Noruega
Lågen	Río Suldalslågen, Noruega
Lindisfarne	Lindisfarne (isla sagrada)
Loch Cuan	Strangford Lough, ensenada marina al este de Irlanda del Norte
Magilros	Melrose. Ciudad en las fronteras escocesas
Madīnat as-Salām	Ciudad de la Paz, Bagdad, Irak
Oguz il	(Tierra de Oguz) Estado túrquico situado entre las costas de los mares Caspio y Aral.
Orkneyjar	Islas Orcadas
Powys	Antiguo reino medieval, ahora un condado ubicado en el centro de la actual Gales
Quentovic	Asentamiento comercial franco. La ciudad ya

no existe, pero se cree que estaba situada cerca de la desembocadura del río costero Canche, en Francia.

Rennisøy	Rennesøy, Noruega
Roma	Roma
Rygjafylki	Rogaland, Noruega
Sand	Sand, Noruega
Sandsfjorden	Sandefjord, Noruega
Skeie	Skeie, Stavanger, Noruega
Sørbø	Sørbø, Noruega
Suldalsvatnet	Lago Suldalsvatn, Noruega
Streanæshealh	Whitby
Talgje	Talgje o Sør-Talgje, Noruega
Tine	Río Tyne
Tuede	Río Tweed
Ubbanford	Norham
Usa	Río Ouse
Uuir	Río Wear
Uuiremutha	Monkwearmouth
Vestfold	Vestfold, provincia de Noruega
Volga	Río Volga
Werceworthe	Warkworth

CAPÍTULO UNO

Han pasado semanas desde la última vez que tomé una pluma. A pesar de mi debilidad, me complace ver que mi mano no ha olvidado cómo escribir. Puede que las palabras en la vitela no estén del todo alineadas y no resalten tanto como antes, pero son bastante claras e incluso mejores que los garabatos de muchos escribas. Sin embargo, los ojos me lloran sin cesar y tengo que limpiármelos para evitar que las lágrimas me corran por las mejillas como a un hombre que lamenta la pérdida de un ser amado. Pero, por supuesto, estoy de luto. Lloro no sólo por la pérdida de todos mis seres queridos, sino también, de manera egoísta, por mi juventud y por el tiempo que se me ha escurrido entre las manos, como las finas arenas ardientes de ar-Raqqah o las frescas aguas del poderoso río Volga.

Pero no debo ponerme sentimental. Nuestro padre celestial me ha concedido más tiempo, así que tengo que aprovecharlo. Durante muchos días, creí que ya no volvería a contar mi historia. Pensé que el Señor me llevaría. O que el Todopoderoso me había abandonado, y tal vez que el diablo vendría en busca de mi alma mientras yacía temblando y gimiendo solo en mi celda. Maldije mi enfermedad, y en más de una ocasión tuve que pedir perdón, no sólo a Dios, sino a su joven siervo, Coenric, que me traía comida y atendía mis necesidades. Venía a verme todos los días. Me ponía un poco de potaje en la boca cuando no tenía hambre, y me sujetaba para que pudiera mear y cagar en una olla, incluso cuando es-

taba demasiado débil para levantarme de miapestoso jergón. El muchacho de rostro cetrino soportaba estoicamente mi furia quejumbrosa. Me limpiaba, me daba de comer y me traía más que la poción de ortiga, artemisa y ajenjo que la astuta anciana del pueblo preparaba para ahuyentar las garras de la bestia que me arañaba las entrañas.

Coenric se sentaba a mi lado al tiempo que el asqueroso líquido aliviaba mi dolor. Fuera de la celda, a medida que el año se adentraba inexorablemente en la oscuridad del invierno, los largos y cálidos días de verano se hacían cada vez más cortos. Mis viejos oídos se esforzaban por escuchar el canto sibilante de los alirrojos y los chirridos de los zorzales a medida que el verano transcurría. A menudo deseaba que el joven se sentara en silencio, pero, en cambio, leía las Escrituras y rezaba. En las pocas ocasiones en las que el abad Criba me visitaba, el muchacho le explicaba que hacía todo lo que podía y que yo necesitaba descansar. Luego me ofrecía una pequeña sonrisa mientras conducía al abad fuera de mi desagradable habitación, lo que lograba levantarme un poco el ánimo. Sabe cuánto detesto al arrogante abad. Si ese hombre llegara a leer mi escrito, apenas puedo imaginar lo furioso que se pondría.

Coenric y Criba son tan diferentes como el día y la noche. He conocido a muchos hombres a lo largo de mi vida, algunos buenos y honorables, otros despreciables y malvados. Y, sin embargo, no recuerdo haber encontrado a alguien que refleje la compasión de Cristo mejor que el joven Coenric. Puede que a veces lo regañe y puede que no sea el muchacho más listo del mundo, pero, como estoy seguro de que leerá estas letras, me gustaría que supiera que, a pesar de mi mal carácter, soy consciente de que le debo mucho. Me han dicho muchas veces que soy un hombre difícil, rápido para juzgar y fácil de enfadar. He chocado espadas con bereberes de piel oscura en el calor de la forja de Ifriqiya, y con brutos gritones de ojos pálidos en los páramos nevados del norte. He navega-

do en el gran barco de Runolf a tierras que la mayoría de los hombres no podrían ni imaginar. He caminado por las sombrías calles de Bizancio y atravesado los crecidos ríos del Báltico. No es fácil aceptar ayuda para alguien que ha llevado una vida tan dura. Pero ahora soy viejo, y sé que la muerte me apoya su cadavérica mano sobre el hombro. Detesto la decrepitud que me envuelve como un manto empapado. Me resisto al paso del tiempo y a la cercanía de mi fin, mas no soy indiferente al sacrificio que ha hecho Coenric en las últimas semanas. Y estoy agradecido por su paciencia y cuidados.

Un día gris y lluvioso, cuando se me había aliviado el dolor de estómago gracias al brebaje de la astuta mujer, le pregunté al joven por qué soportaba mi mal humor y mis palabras hirientes.

—Para que se recupere y pueda escribir el próximo volumen de sus anales —respondió, al parecer realmente sorprendido ante mi pregunta.

Miré por la pequeña ventana hacia el cielo plomizo y escuché el incesante goteo de la lluvia que caía de los aleros del edificio. El olor a humo, tal vez de alguna fragua o de una hoguera, me llegó con la brisa. De inmediato, el clima lluvioso y el humo me llevaron de vuelta a aquel día de hace mucho tiempo, cuando Skorri y sus nórdicos trajeron el caos y la muerte a Werceworthe, y mi vida cambió para siempre.

Nunca imaginé que Coenric leería mi trabajo de todos esos meses. Estaba claro que no había divulgado mis secretos a Criba, quien no dejaba de preguntarme si me sentía mejor para continuar con la transcripción de la *Vita Sancti Wilfrithi*, la vida de san Wilfrid.

Empecé a escribir la historia de mi vida y mis aventuras para que quedara registro de ciertos acontecimientos. Todavía tengo mucho que contar, si al buen Dios le parece oportuno concederme un poco más de tiempo. Nunca imaginé tener lectores de mi obra en vida, pero no quisiera sumar otra mentira a mis numerosos pecados diciendo que no me complace

que al menos uno de ellos se alegre al ver las huellas dejadas por el trazo de mi pluma.

Puede que haya quienes lean estas páginas y crean reconocer otras historias en ellas. Sepan entonces que éstos son los hechos tal como los recuerdo, aunque soy un anciano, y tal vez mi memoria no sea tan aguda como antes. También es cierto que hombres y mujeres que presenciaron estos sucesos pueden haber contado otros relatos antes, y sin duda se parecerán a los que yo recuerdo. Sin embargo, cada uno ve el mundo a través de sus propios ojos y recuerda lo que su mente evoca, así que lo que ofrezco aquí es mi verdad y la de nadie más.

Siento que la maldición de los años y de mi enfermedad se ciernen sobre mí, como una nube constante, y sé que no debo desperdiciar el tiempo que se me ha concedido. Desde el Día de la Anunciación de la Virgen María, el punzante dolor en mi estómago ha disminuido. No sé por qué. No sé si se trata de un breve descanso o de una respuesta a las plegarias de Coenric. No lo sé. Pero, así como la aguda agonía se ha convertido en un dolor sordo, mi mente ha comenzado a vagar una vez más por los oscuros senderos de mis recuerdos. Ha regresado a los días en los que no era mucho mayor que Coenric, a la época en que creía con arrogancia que nunca envejecería ni moriría. Pienso en el lluvioso otoño y el desgarrador invierno que siguieron al brutal ataque a Werceworthe.

Recuerdo la tristeza, el dolor y la unión de la gente para reconstruir lo que habían perdido. Recuerdo maravillarme cuando Runolf, el enorme nórdico al que muchos consideraban un salvaje, creó algo de exquisita belleza y poder: un barco en el que ningún inglés libre había viajado antes.

Y, aunque no deseo adentrarme en esos oscuros senderos, los recuerdos me arrastran hacia sucesos que desearía olvidar. A un río que serpentea entre imponentes árboles en los que resuenan los gritos de los condenados; a los ojos vacíos

de amigos muertos, que miran sin ver el cielo envuelto en llamas de Hjørðaland.

Y, con una terrible culpa y tristeza, recuerdo, como si hubiese sido ayer, el calor en mis mejillas del aliento moribundo del primer hombre verdaderamente inocente con quien me enfrenté.

CAPÍTULO DOS

Se llamaba Wistan y, aunque quizás era cuatro o cinco años mayor que yo, no era un luchador. Recuerdo mirarlo fijamente a los ojos mientras el sol se alzaba sobre el mar del Norte en aquella mañana de verano de hace mucho tiempo. Todo lo que percibí en su mirada fue una furia ardiente y justiciera. Sostenía una espada que Runolf le había prestado. Estaba bien hecha, pero era un arma sencilla, con empuñadura de madera y pomo de hierro. Había pertenecido a uno de los nórdicos que atacaron Werceworthe el año anterior. En manos de un guerrero hábil, a pesar de su escasa ornamentación, sería letal como cualquier otra. Sin embargo, Wistan no era habilidoso para la batalla. Sujetaba la empuñadura con tanta fuerza que los nudillos se le ponían blancos. Lo suyo era la carpintería, el trabajo duro y el aprendizaje junto a su padre. Tenía brazos fuertes de tanto cortar, partir y cepillar madera, mas la fuerza no es suficiente para ganar un combate.

Llevaba un escudo circular con umbo de hierro que le cubría gran parte del costado izquierdo del cuerpo. La piel que revestía la madera estaba pintada de rojo sangre, y, sobre aquella superficie carmesí, estaba estampado el emblema de un pájaro negro. «Un cuervo», había dicho Runolf, una de las aves sagradas de Odín, el padre de los dioses de su pueblo. Habíamos repintado la mayoría de los escudos que tomamos de los nórdicos. El mío era blanco ahora, con una cruz escarlata para demostrar mi fe en el Señor. Runolf había dejado el

símbolo pagano en el suyo. Aunque estaba bautizado, parecía divertirse provocándonos y alardeando de sus ancestros.

—Deja a un lado tu espada y lárgate —le dije a Wistan mientras daba un paso a mi izquierda, rodeándolo para que tuviera que mirar directamente al sol naciente.

Estábamos a principios de verano, y el sol resplandecía bajo un amenazante banco de nubes oscuras sobre el mar. Los rayos se reflejaban en las olas, como si el agua estuviera hecha de acero pulido decorado con diseños. La vista era espectacular. Con la facilidad de un guerrero experimentado, desenvainé la espada de la sencilla funda de cuero. Al igual que la de Wistan, mi arma tampoco tenía decoraciones. El metal se veía limpio y bruñido, pero no tenía grabados patrones del agua o de la piel de una serpiente, como los que se obtienen al trenzar y forjar varillas de metal, una técnica propia de los maestros espaderos. Pese a que nuestras espadas eran similares, los hombres que las empuñábamos éramos muy diferentes.

—Debes pagar por lo que hiciste —expresó Wistan, con la voz titubeante por la emoción que sentía—, por lo que me quitaste.

Suspiré y respondí:

—No puedes vencerme. —Mis palabras resultaban arrogantes, pero ambos sabíamos que eran ciertas. Me miró sin retroceder. Era valiente, y lo admiraba por eso. Él sabía que moriría, pero no veía otra forma de escapar sin que lo consideraran un cobarde.

Tenía derecho a estar furioso. Ahora no me siento orgulloso de ello, pero en aquel entonces era joven y disfrutaba de mi nueva fuerza y habilidad. Me parecía que había encontrado mi propósito, y a medida que mi destreza con la espada aumentaba y mis músculos se fortalecían, abrazaba la reciente vida que había conquistado para mí. Un filoso cuchillo me colgaba del cinturón, y una mortífera espada me pendía envainada de un costado. Ya no usaba el rústico hábito de lana de los monjes. Vestía una túnica azul adornada con bordados

amarillos y rojos y, cuando entrenaba, aunque me ponía una cota de malla bien pesada, los anillos de hierro me resultaban tan livianos como si fuesen una segunda piel. Era un guerrero, y mi nueva condición iba acompañada de una actitud arrogante y una confianza en mí mismo que ahora, mirando hacia atrás con los ojos de un anciano, me causan envidia y vergüenza a la vez.

—¡Vamos, Hunlaf! —exclamó una voz chillona desde la multitud que se había reunido a nuestro alrededor—. ¡Acaba con él!

Tanto Wistan como yo echamos un rápido vistazo a la mujer de mejillas rosadas. Tenía el pelo del color del hilo de lino y los ojos verdes como un trébol de verano. Lucía un vestido oscuro, ceñido a su estrecha cintura, que le acentuaba las contorneadas caderas y el volumen de los pechos.

Era encantadora, de eso no cabía duda, pero su tono era tan áspero como el graznido de un cuervo. Deseaba que Wistan se apartara de la batalla. No quería matarlo, no quería que la sangre de un buen hombre me manchara las manos. A lo largo de los años, he visto con qué frecuencia el cariño o el rechazo de una mujer pueden provocar una masacre. Leofstan solía decir que todo provenía del pecado original que ha residido en la humanidad desde que Eva comió el fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y del mal. No estoy muy seguro de eso, pero sí sé con absoluta certeza que los hombres, tanto viejos como jóvenes, pueden comportarse como verdaderos idiotas ante una atractiva presencia femenina.

Y yo no fui la excepción.

Había renunciado a las exigencias de la vida de monje y me había entregado por completo a la senda del guerrero. Durante algunas semanas después del ataque nórdico, mientras permanecíamos en Werceworthe, el monasterio que había sido mi hogar en los últimos años, la tranquila presencia del hermano Leofstan había logrado que controlara mi compor-

tamiento más lujurioso. Continuaba rezando conmigo al menos una vez al día, alentándome a pensar en Cristo y en sus enseñanzas.

Eso cambió cuando me trasladé al sur, a Uuiremutha, con Runolf y los demás. Dejamos atrás a Leofstan y, en su ausencia, me alejé un poco más de mi pasado y abracé con fuerza mi futuro.

Wistan me había encontrado con las manos ocupadas en los pechos de su prometida. Llevábamos varios días viéndonos antes de que nos descubriera, y en cada encuentro me volvía más atrevido. Estaba lleno de arrogancia. Acabábamos de llegar de Eoforwic con órdenes del propio rey Æthelred, y me pavoneaba supervisando la construcción del barco, o transmitiendo las órdenes de Runolf a los carpinteros, herreros y obreros que colaboraban en el trabajo.

Cwenswith esbozaba una sonrisa cada vez que me veía. Sus hermosos ojos verdes me seguían siempre que paseaba frente a ella. Sabía que estaba comprometida con uno de los carpinteros, pero no me importaba. En cuanto noté que mostraba interés por mí, no pude quitármela de la cabeza. Siempre que la veía, sacaba pecho como un petirrojo y sonreía. Así como mi actitud y mi ego inflado parecían molestar a los hombres mayores, mi desdén hacia ellos parecía avivar el deseo de la muchacha.

El día que me siguió por primera vez a uno de los almacenes, resistirme fue tan inútil como intentar detener la marea. Nunca me había acostado con una mujer, y, cuando me acarició la piel, su tierna caricia me hizo temblar. Me pregunté si alguna vez había tocado a Wistan de esa manera.

Cuando él volvió a mirarme, durante un instante, percibí una nueva emoción en sus oscuros ojos. La furia había desaparecido, y en su lugar habitaba una enorme tristeza.

—¡Acaba con él, Hunlaf! —vociferó de nuevo Cwenswith. El sonido de su voz, jadeante y lleno de emoción, me hizo estremecer. Así eran sus jadeos cuando estábamos juntos, y

mientras ella me arañaba la espalda, yo gruñía y empujaba. ¿Acaso la excitaba la posibilidad de ver la sangre de su prometido?

La multitud que nos rodeaba guardaba silencio. Sólo Cwenswith gritaba, pidiendo que matara al muchacho. Había hablado con mis compañeros el día anterior. Gwawrddur y Hereward me habían hecho ofrecer un *weregild*, una compensación en plata por mi ofensa, pero Wistan, también joven, orgulloso y tonto, la había rechazado. Divisé a su padre, quien se mostraba sombrío y silencioso, como alguien que asiste a un funeral. El rostro de su esposa, demacrado y consumido por una vida de trabajo duro, estaba cubierto de lágrimas.

No sé cómo creyó Cwenswith que acabaría ese día. ¿En realidad deseaba verme matar al hombre con el que estaba destinada a casarse? Sin importar lo que ella creyera, la traición final de sus burlonas palabras hizo que Wistan se mantuviera con la frente en alto. El día anterior, mientras me insultaba, se había convencido a sí mismo de que ella era inocente, de que yo la había forzado. Ahora, su rabia contra mí y seguramente también contra Cwenswith habían consumido la tristeza de sus ojos.

El joven saltó hacia delante con un rugido. Pese a que blandía la espada con torpeza por encima del hombro, se notaba que había un gran poder en aquel movimiento. Años de cortar roble y fresno, junto con la repentina comprensión del engaño de Cwenswith, lo llenaron de una fuerza increíble. Si la hoja me hubiera alcanzado, me habría abierto desde el hombro hasta el ombligo. Pero no era un espadachín. Su ataque fue tan torpe que ni siquiera tuve que levantar el escudo. Rápidamente, retrocedí dos pasos, manteniendo una postura erguida y el equilibrio bajo, como me habían enseñado.

Con gran esfuerzo, Wistan consiguió controlar la espada y evitó que se clavara en la tierra pedregosa que había a nuestros pies. Durante un segundo, se inclinó hacia delante, con la cabeza, los hombros y el cuello al descubierto. Podría ha-

berlo matado en ese momento, pero la verdad es que no quería hacerlo.

Esperé a que se enderezara. No sé si comprendió que le había perdonado la vida. Si lo hizo, no le importó. Bramó y se precipitó de nuevo sobre mí, esta vez blandiendo la espada desde mi derecha. Me giré y frené el ataque con el borde del escudo, desviándolo hacia un lado.

No se detuvo y, una vez más, podría haberlo matado. Pero me contuve. Su escudo chocó contra el mío, los umbos sonaron como un martillo sobre un yunque. Me preparé y lo empujé con fuerza. Si bien era más fuerte que yo, estaba desequilibrado y no tenía entrenamiento, así que se apartó tambaleándose.

—No quiero matarte —siseé—. Suelta el arma y terminemos con esto.

—¡Hay una sola forma de acabar con esto! —gritó. Tenía el rostro pálido; los ojos le brillaban bajo el resplandor del sol de primera hora de la mañana.

El joven tenía razón, a menos que decidiera cambiar de rumbo. No podía defenderme para siempre. Si esperaba demasiado, su fuerza bruta y su odio terminarían venciendo-me. Como él no llevaba armadura, yo no me había puesto cota de malla. Un ataque podría ser fatal.

Se abalanzó sobre mí una vez más e intentó un amago, pero sus ojos y el movimiento de sus pies lo delataron, así que ubiqué mi escudo en el lugar correcto para detener el ataque. Esta vez saqué la espada y le hice un corte en el costado, por debajo de su madera de tilo.

Me alejé mientras veía el dolor reflejado en su rostro.

Detrás del joven carpintero, Runolf se encontró con mi mirada. El enorme nórdico sonreía. Estaba claro que disfrutaba de la emoción de un duelo, o *hólmgang*, como él lo llamaba. Con una sonrisa salvaje ante la inminente pelea, había delimitado la zona de combate con estacas de avellano. Junto a él, Gwawrddur, de contextura más pequeña, se mostraba

sombrío. Cuando lo miré, sacudió la cabeza. Pude ver decepción reflejada en las facciones del galés. No hay honor en derrotar a un enemigo que no es capaz de defenderse. La noche anterior me había pedido que hiciera todo lo posible por disuadir a Wistan de luchar.

—No puedo huir si él quiere pelear —le dije a Gwawrddur.

—No, no puedes. —Sus ojos reflejaban pena mientras sorbía su cerveza—. Pero, cuando estabas con su mujer, sabías que esto podía pasar.

Asentí. Cwenswith me hacía sentir halagado con su atención, y por supuesto que había disfrutado de aquellos encuentros jadeantes en el almacén, pero jamás imaginé que nuestro comportamiento podría causar la muerte de alguien, y mucho menos que sería yo el responsable.

—¿Y si se niega a retirarse?

—Entonces deberás responder por tus acciones, al igual que Wistan deberá responder por las suyas.

Ahora Wistan se encontraba sin aliento frente a mí. Bajó la mirada y se sorprendió al comprobar que tenía la túnica empapada de sangre. No le había hecho un corte profundo, pues esperaba que el intenso dolor lo hiciera reaccionar. Al ver el líquido rojo, alguien de la multitud lanzó un grito ahogado.

—¡Termina con él! —vociferó Cwenswith.

El joven entrecerró los ojos al oír el estridente sonido de la voz de su prometida. Tensó los hombros y supe que se preparaba para atacar una vez más.

—No lo hagas —le pedí, pero fue demasiado tarde.

Corrió hacia mí y retrocedí. Golpeó la espada contra mi escudo una y otra vez hasta que la piel que lo cubría se hizo jirones y la madera de tilo se astilló.

Con un gruñido, lo empujé hacia atrás. No había nada que hacer. No podía disuadirlo y, si seguía esperando, sería yo quien perdería la vida. Me lancé hacia delante, apartando los ataques con mi escudo astillado y embistiendo por debajo de

su guardia. Sentí cuando la hoja lo alcanzó. Wistan gruñó y se tambaleó.

De repente, el aire de la mañana se llenó de los gritos de las mujeres. Los hombres no tardaron en sumar sus voces al bullicio. Reconocí la voz resonante de Runolf entre la multitud, pero no lograba distinguir lo que decía. Durante un instante, me sentí confundido, pero ahora lo recuerdo con tanta claridad como si los hechos de aquella mañana hubiesen ocurrido ayer y no hace décadas.

Pero esperen, mi mente anciana divaga como los grandes ríos que fluyen desde las montañas nórdicas cubiertas de nieve. Aún no les he contado cómo llegamos hasta allí, a la desembocadura del río Uuir. Antes de continuar narrando lo que sucedió ese día de verano en Uuiremutha, y la oscuridad que vendría después, debo retroceder al invierno anterior, cuando todavía estábamos en Werceworthe.

CAPÍTULO TRES

Después de la batalla de Werceworthe, hubo lágrimas y lamentos, dolor por los muertos y por lo que se había perdido. Durante mucho tiempo, la tierra apestó a los cadáveres podridos de los nórdicos. Sin embargo, el hedor se volvió insoportable cuando salió el sol en aquellos últimos días de verano, así que reunimos las fuerzas necesarias para enterrar a nuestros enemigos caídos. Y entonces, a medida que el aire se limpiaba del olor a muerte, comenzó la reconstrucción del monasterio y del asentamiento.

Había mucho que hacer. La mayoría de los edificios se habían incendiado, de modo que todo el tiempo disponible se destinaba al arduo trabajo de la reconstrucción. Varios de los hombres habían muerto defendiendo sus hogares, por lo que los supervivientes debían ayudar si querían tener un refugio a tiempo. Pese a que los días eran cálidos, ya se percibía la llegada del invierno, como un lobo oculto que husmea en la puerta de un salón durante la noche.

Una vez más, Runolf, quien había contribuido a nuestra victoria en la batalla contra sus parientes y compatriotas, demostró su valía supervisando la tala de árboles y la división de los troncos en tablas fáciles de trabajar.

Una tarde, lo encontré mirando a lo largo del río hacia el mar. El sol estaba bajo en el cielo, y las aguas del Cocueda tenían el color del bronce bruñado.

—¿Crees que vendrán más de los tuyos? —le pregunté en lengua nórdica.

–Me parece que este año no. –Escupió en las virutas de madera que tenía a los pies–. Aunque todo es posible.

Me burlé al oír la frase que tanto enfurecía a Drosten. Runolf no sonrió. Podía sentir la tensión en él. Yo también la compartía. Ambos queríamos hacernos a la mar. El enorme nórdico ansiaba buscar a su mujer, Estrid. No había expresado cuáles eran sus intenciones al reencontrarse con ella, mas no creía que fuera un hombre compasivo. Cuando intenté indagar sobre su pasado y su familia al otro lado de la ruta de las ballenas, se le oscureció el rostro y tensó la mandíbula.

Yo también deseaba con desesperación encontrar a mi prima, Aelfwyn. Se la habían llevado los lobos de mar, los saqueadores, que habían descendido sobre Lindisfarne en la mitad del verano. Además, quedaba pendiente el asunto del extraño libro con el que el hermano Leofstan se había obsesionado. Se llamaba *El tesoro de la vida*. Si bien había visto el tomo brevemente, me había enamorado de la cubierta incrustada de joyas, de la meticulosa maestría de las palabras y las resplandecientes imágenes en sus páginas de pergamino. Leofstan había pasado todo un día y una noche con el tomo, y hablaba de su contenido en voz baja, temeroso y asombrado. Era una obra de herejía. La mayoría de los hombres de la Iglesia intentarían destruirla, pero mi mentor quería estudiarla. Para él, la destrucción de algo así sería tan grave como la herejía. En aquel entonces, estuve de acuerdo. Me sentía desolado por la pérdida de tantos ejemplares en la conflagración del *scriptorium* de Lindisfarne. Sin embargo, fue más tarde, después de haber presenciado la oscuridad que tales enseñanzas podían desatar, cuando comencé a creer que tal vez algunos libros deben ser consumidos por llamas purificadoras.

–En cuanto todos tengan un techo, podremos empezar a trabajar en el barco –sostuve, mirando a través de los campos hacia los edificios dispersos y las estructuras a medio terminar.

El nórdico carraspeó y volvió a escupir. En silencio, observamos cómo Drosten, el picto, desnudo hasta la cintura, de